

12º domingo del tiempo ordinario

21 de junio de 2026

«No tengan miedo a los que matan el cuerpo».



«En el evangelio de este domingo encontramos dos invitaciones de Jesús: por una parte, “no temáis a los hombres”, y por otra “temed” a Dios (cf. Mt 10, 26. 28). Así, nos sentimos estimulados a reflexionar sobre la diferencia que existe entre los miedos humanos y el temor de Dios [...].

Ante el amplio y diversificado panorama de los miedos humanos, la palabra de Dios es clara: quien “teme” a Dios “no tiene miedo”. El temor de Dios, que las Escrituras definen como “el principio de la verdadera sabiduría”, coincide con la fe en él, con el respeto sagrado a su autoridad sobre la vida y sobre el mundo [...].

El creyente no se asusta ante nada, porque sabe que está en las manos de Dios, sabe que el mal y lo irracional no tienen la última palabra, sino que el único Señor del mundo y de la vida es Cristo, el Verbo de Dios encarnado, que nos amó hasta sacrificarse a sí mismo, muriendo en la cruz por nuestra salvación. Cuanto más crecemos en esta intimidad con Dios, impregnada de amor, tanto más fácilmente vencemos cualquier forma de miedo. En el pasaje evangélico de hoy, Jesús repite muchas veces la exhortación a no tener miedo».

BENEDICTO XVI, Ángelus, 22 de junio de 2008.

«Solamente la confianza en el Señor nos da la seguridad total».



El texto del Evangelio de Mateo proclamado hoy en la Iglesia pertenece a una serie de enseñanzas específicas de Jesús, que tienen como objetivo el de formar a sus discípulos para el apostolado futuro, para la predicación del Reino. La enseñanza se apoya en el ejemplo mismo del Maestro, que vive en primera persona los consejos que da a sus discípulos.

Una de las grandes dificultades que la predicación del Evangelio tiene y tendrá en el mundo es el miedo a la crítica, el respeto humano ante reacciones hostiles, el temor a perder la buena reputación. El discípulo de Jesús, como antes lo ha hecho el Maestro, tiene que anunciar verdades que no siempre serán agradables de oír. El silencio a menudo es cómplice del miedo y nos obliga a esconder cosas que deberían proclamarse a la luz del día. Jesús no se ha echado atrás en el momento en el que tenía que proclamar la palabra del Padre. No huyó cuando sospechó cual podría ser el final de su testimonio claro y abierto. Nadie pudo cerrarle la boca, ni con amenazas ni con halagos, Jesús permaneció fiel a la verdad del Padre y pagó con su persona su entereza en la proclamación de la verdad.

¹ J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Madrid: EDICEP 2010, 129-132.

En la primera lectura el profeta Jeremías nos habla de la dificultad de su predicación. Persecuciones y terror entorno a él queriendo hacerle callar, pero él permaneció fiel al Señor, y el Señor a su lado hizo prevalecer su testimonio contra sus enemigos. Esta prueba ha sido ocasión de discernimiento y la victoria se ha transformado en canto de alabanza hacia Aquel que ha respondido a la confianza del pobre liberándolo de la mano de los malhechores.

Jesús exhorta a sus discípulos a no tener miedo de los hombres, a dar siempre testimonio de la verdad, «porque no hay nada escondido que no deba ser revelado ni secreto que no deba ser manifestado. Esto que os digo en la oscuridad decidlo a plena luz y lo que escucháis al oído predicadlo en las plazas» (Mt 10, 26-27). Con estas dos sentencias sapienciales, Jesús invita a hacer del Evangelio una palabra que resplandezca en el mundo, una verdad anunciada en las plazas, un Evangelio predicado a la luz del día, una palabra de salvación proclamada a todos los hombres.

Los discípulos han sido fieles a este mandato. El anuncio del Evangelio, como reflejan los Hechos de los Apóstoles, ha sido anunciado en las plazas y en las sinagogas, en el Areópago de Atenas y en las calles de Roma. Del mismo modo, el Papa invita a anunciar el mensaje de salvación de la «nueva evangelización» en los nuevos areópagos de nuestra sociedad, sin excluir esa transmisión que se hace de persona a persona.

Hay que dar testimonio sin miedo. Desde siempre los violentos han intentado hacer callar los testigos que molestan, obligándoles a callar, llegando incluso a la muerte. También Jesús ha pagado con la vida el poderío de su predicación. Y sus discípulos no serán menos: uno a uno padecerán la persecución a causa de la palabra anunciada. El Apóstol puede tener miedo, puede echarse atrás, pensando que en el fondo el Evangelio no exige tanto, por eso Jesús lo recuerda: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no tienen ningún poder sobre el alma» (Mt 10, 28). El precio de la predicación puede ser el martirio; y el miedo ante los hombres tiene que medirse con la coherencia de la verdad, que exige ponerse delante de Dios y de su juicio.

En definitiva, Jesús enseña a sus discípulos a comportarse con la misma seguridad con la que Él actúa en la proclamación evangélica. Se siente amado y protegido por el Padre; los discípulos tienen que sentir esta misma protección. El testimonio valiente del Evangelio no es arrogancia sino confianza inmensa en la bondad del Padre y en su infinita providencia. Sólo cuando los discípulos vean a Jesús

resucitado de los muertos, podrán entender profundamente la realidad de un Padre que vela sobre la suerte de su Hijo y la fuerza perenne de un Evangelio que la aparente victoria de los enemigos no ha podido acallar, es más lo ha lanzado como mensaje universal a todo el mundo.

Predicación y testimonio son por lo tanto los dos temas de la liturgia de hoy. Quien cree en Jesucristo lo tiene que confesar ante el mundo, sin miedo. Jesús habla en serio y quiere dar a entender que no se puede jugar con su palabra y con nuestra identidad. La misma confesión de fe que los discípulos hacen ante los hombres es la misma que el Hijo hace de ellos ante el Padre.

Estas palabras han tenido una gran influencia en los primeros siglos de la Iglesia: han llenado de confianza a los mártires ante los tribunales y han hecho fuertes a los débiles en el momento de la prueba. Así como Jesús ha sido el «testigo fiel» (Ap 1, 5) también los discípulos han tenido ocasión de dar testimonio público, desafiando incluso el miedo a la muerte, y por eso son reconocidos «mártires», testigos fieles.

El Evangelio presenta siempre una dimensión de radicalismo que nos conforta y nos crea nuevos retos. Ante las exigencias de la predicación apostólica y del testimonio público de nuestra fe, no podemos ni ignorar la promesa de Cristo, que nos asegura su presencia y nos anima a ser fieles a su causa, ni minimizar las exigencias de fidelidad y de coherencia, que son propias de la profesión de fe y de la predicación del Evangelio.

En Cristo está nuestra fuerza. De Él recibimos la capacidad de confesar la fe y de resistir al mal. Por medio de Él, como nos enseña San Pablo, nos han llegado todos los bienes y gracias (cfr. Rm 5, 15). La predicación del Evangelio y su expansión en el mundo no son fruto del poder humano sino del valiente testimonio de los cristianos. Y hoy la «nueva evangelización» reclama de cada uno de nosotros, discípulos tímidos y miedosos, a menudo silenciosos y acomodados, tan dados a los compromisos del mundo, con sus tendencias, una valiente confesión de fe.

Cristo nos invita a confesarlo y a reconocerlo no solamente en la intimidad de la oración sino también con el testimonio público de nuestra fe. Si hubiera hoy más cristianos convencidos (testigos de fe), el cristianismo no sería un hecho casi privado reducido a la dimensión individual o comunitaria de la oración y la liturgia, sino una valiente afirmación del valor del Evangelio como luz que ilumina la vida, fermento en la sociedad, código de convivencia humana y de paz entre los pueblos.

12º domingo del tiempo ordinario – Textos proclamados
Comentario a las lecturas bíblicas²

«Libró la vida del pobre de manos de los impíos»

Lectura del Profeta Jeremías 20,10-13.

En el colmo de la desolación, Jeremías se expresa con lenguaje similar a muchos salmos (30,14-18: 40,6). La chusma se burla de él remedándole (20,7); lo que él tantas veces se ha visto obligado a predecir («terror por doquier», 6,25; 20,3; 46,5; 49,29) se lo devuelven como un hiriente mote. Los de su pueblo natal, sus mismos familiares, han intentado matarle (11,18; 12, 6); sus amigos le espían ahora para sorprenderle. Sólo, dramáticamente sólo. Pero así brilla más su confianza absoluta en Dios a quien ha confiado su causa, su total seguridad por la ayuda cierta de tal campeón. Por sentido de la justicia, espera de Dios, «juez de lo justo», la venganza contra los perseguidos.

El cristiano, que vive ya en la plenitud de la caridad de Cristo, debe ir más lejos: cimentado en la piedra angular de Cristo (Sal 117, 22), seguro por el amor de Dios manifestado en su muerte (Rm 5, 6-10), sin temer a los que matan el cuerpo, pensará sólo en confesar a Dios ante los hombres con su fe y su conducta.

«El don no se puede comparar con la caída»

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos 5,12-15

Es el texto teológico más importante del Nuevo Testamento sobre el origen, naturaleza y transmisión del pecado original. Sin embargo, la atención de Pablo no va directamente a la descripción del pecado, sino a la gracia que por Cristo hemos recibido. La doctrina del pecado está expuesta en relación con la salvación en Cristo. Los puntos salientes son:

- Unidad del principio pecador y santificador (Adán-Cristo).
- Conexión causal entre el pecado y la muerte.
- Universalidad, tanto de la muerte como del pecado. Esta primera exposición se cierra con un paréntesis sobre la universalidad de la muerte en función del pecado, aún en tiempos en que —al no haber ley— no había pecado de transgresión. Al final del paréntesis se encuentra la clave teológica de toda la sección: la relación tipo- lógica entre Adán y Cristo (v. 14). En el v. 15 la correspondencia tipológica se convierte en un contraste entre el orden del pecado y el orden de gracia: la acción de Adán causó la muerte universal, la de Cristo, un desbordamiento de vida.

² SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA (España), *Comentarios al leccionario dominical*. Ciclo A, 247-250.

12º domingo del tiempo ordinario

21 de junio de 2026

«No tengan miedo a los que matan el cuerpo».



Moniciones

Entrada

Queridos hermanos: El domingo es el día de nuestra alegría porque Cristo resucitado está con nosotros. Hoy, por medio de su Evangelio, el Señor nos recuerda que somos sus testigos y nos invita a no tener miedo. En este día de elecciones, oremos por todos los colombianos: que, guiados por los valores de nuestra fe, elijamos un presidente que nos mantenga unidos como nación y nos encamine hacia un auténtico progreso.

Liturgia de la Palabra

Como discípulos de Cristo, necesitamos escuchar esta palabra que sostiene nuestra fe. Que estas enseñanzas nos fortalezcan para anunciarle al mundo que Jesús es el Señor y que su amor ahuyenta nuestros temores.

Presentación de los dones

Al presentar los dones del pan y del vino, ofrezcamos al Señor nuestra firme voluntad de dar testimonio del Evangelio, incluso en medio del rechazo y las persecuciones. También coloquemos en el altar las intenciones de todo el pueblo colombiano. Participemos con fe de este momento.

Comunión

El Cuerpo y la Sangre de Cristo son el verdadero alimento de nuestra fe. Recibamos con gozo este regalo que nos da fuerza para dar testimonio del Reino de Dios en toda circunstancia.

12º domingo del tiempo ordinario

21 de junio de 2026

«No tengan miedo a los que matan el cuerpo».



Oración universal

Ya que Cristo ha infundido su esperanza en nuestros corazones, dirijamos estas plegarias al Padre del cielo, que siempre nos escucha por su gran bondad. Por eso digamos juntos:

R/. Padre del cielo, escúchanos

- † Pidamos la fuerza del Espíritu Santo para la Iglesia. Que todos los sacerdotes, religiosos y laicos seamos auténticos evangelizadores, aún en medio de la persecución y la dificultad.
- † Pidamos la sabiduría de Dios para todos los colombianos. Que, en coherencia con nuestra fe,elijamos un presidente que se inspire en los valores humanos y cristianos.
- † Pidamos los dones de la paz y la unidad para nuestro país. Que nos ayudemos entre todos y avancemos juntos hacia el verdadero progreso.
- † Pidamos la gracia del consuelo para los que sufren. Que reconozcan la compañía de Dios en su vida como fuerza que siempre los sostiene.
- † Pidamos para nosotros, que participamos de esta Eucaristía, el don de la valentía para profesar nuestra fe y dar testimonio de que el Reino de Dios ya está en medio de nosotros.

Atiende benignamente nuestras súplicas, Señor,
y escucha las oraciones de tus fieles.

Que tu Iglesia siga resplandeciendo en el mundo
como signo de tu presencia y de tu misericordia.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.